

4

nosotros los mexicanos patriotas con no menor fé pedimos, y teniéndote por Madre, abrigamos santa confianza de alcanzar la salvación y la gloria de nuestro pueblo. Ya, ya vemos que nuestras lágrimas taladran tu corazón de Madre, y de qué Madre! de una Madre que más manifestará la grandeza de sus amores, mientras de más bajo nos alce, mientras mayores perdones nos logre, mientras más espesas tinieblas nos disipe. Madre, quiere decir *miseri-cordia*. ¡*Miseri-cordia!* ¡No lo habeis entendido, *hombres de poca fé?* Que somos *miserables*, es cosa cierta; que hemos delinquido, no lo disputamos; pero que ella es toda *corazón*, toda *piedad*, toda ella *Madre*, es más cierto todavía. Si no mereciésemos castigo ¿en qué estaría, ni cómo se ejercitaría entonces la *miseri-cordia*? Pensadlo bien y no la insulteis con vuestras desconfianza; porque una sólo cosa no merece la misericordia, y es el no creer en que la misericordia del Señor es infinita.

Dios salva á quienes *creen en su amor* (1). Y Dios nos ha amado tanto á los mexicanos que nos ha distinguido entre todos los pueblos, dándonos el privilegio de una filiación más tierna y más íntima respecto de su Madre Sacratísima (2). Tú eres más nuestra que de ninguno, oh dilectísima VIRGEN DE GUADALUPE! ¡No son de un Pontífice egregio aquellas palabras, hoy, aunque antiguas, novísimas, NON FECIT TALITER OMNI NATIONI? Creemos, sí, creemos en el amor que Dios nos tiene, y porque creemos en él, serémos salvos.

Señora, creemos que eres buena, y poderosa, y Madre. Señor, creemos que eres bueno, y poderoso, y que nada niegas á la Madre que te concibió en su seno. Esperamos prodigios, y sea el primero el que, descendiendo á nosotros la luz de tu Santo Espíritu, puedan estas páginas, caldeadas de amor y de fé, comunicar la fé y el amor á todo corazón, abriéndolo á la inteligencia de las cosas grandes y divinas.

Señora, tu heredad somos, somos tus hijos, somos el pueblo escogido de la nueva ley. Enemigos envidiosos y soberbios nos asedian; han amasado su pan con levadura de nuestra miseria; han convertido en *estrellas* de su bandera los girones de la nuestra; bebido han y se han embriagado como con vino con nuestras lágrimas y con nuestra sangre. ¡Alza tus párpados que estremecen soberbias y convulsionan mundos! ¡Con una mirada confór-

(1) San Juan, cap. IV, y 16.

(2) Conceptos del sermón mandado predicar en la fiesta respectiva, celebrada en la colegiata de Guadalupe, por la Mitra de Querétaro.

tanos, con una mirada disípalos! Y te ofrecemos, Virgen, levantar sobre las niñas de los ojos la raza que tú amaste y que otros despreciaron; y te ofrecemos, Virgen, cuajar de flores y de diamantes y de perlas tu santuario; y te ofrecemos, Virgen, escribir tu historia con punzón de fuego en el tierno corazón de nuestros hijos.

Ea, Señora, nos levantamos ya, prontos al combate. ¡Tú por delante, como la luminosa columna del pueblo santo!

I.

Caractères de este libro.—Es un canto de amor.—Es un grito de guerra.—Lleva gérmen de triunfo.—Ha sido inspirado por el dolor.—El patriotismo de la Cruz.—¡Al combate!—¡Maldito el mexicano antipatriota!

Caractères tiene este libro, al parecer contradictorios. Es un canto de amor y es un grito de guerra. Y es canto de amor por cuanto es grito de guerra, y grito es de guerra por cuanto es un canto de amor. Este libro no es de aquellos en que toma parte sólo el entendimiento: libro es éste concebido en largas horas de dolor é insomnio, y elaborado tambien en aquellos sublimes y secretísimos momentos en que absorbida el alma en la contemplación callada del amor más puro, toma resoluciones valientes, y de las dulzuras que siente se eleva, en alas de la fé, hasta las alturas del sacrificio. Este libro,—hay que repetirlo cien veces,—ante todo y sobre todo, es obra del amor. Amamos, y en gran manera amamos, amamos y amamos por razones altísimas que sostienen este amor en aquellos afflictivos momentos en que las alas del alma caen, en que la neblina del egoísmo quiere empañar el brillo de tal amor, cuya historia es larga historia de lágrimas, de tristezas, de dolores, bien que no menos de arroamientos y de ternuras. En este libro, que dedicamos á la Patria, está todo nuestro sér, está toda nuestra alma: cuanto nuestro corazón dice y quiere, en él se encuentra; lo hemos vaciado hasta la última de sus gotas.

Este libro es nuestro pasado, y nuestro presente, y nuestro porvenir. Para amar lo que aquí se ama y para hacerlo amar, nacimos solo. Amamos mucho este libro, por que lo escribimos con amor.

Con este mismo amor soportaremos la espina que se clava en el corazón sensible cuando á sus más ingenuas y más tiernas manifestaciones se descubre con una fría sonrisa de desdén, ó tal vez de lástima. . . . Pero el amor, el verdadero amor, lleva en sí germen de triunfo. Nosotros nos resolvemos á sufrir paciente, y lo que es más, amorosamente, los desaires de los corazones burlescos y fríos, por tal de conseguir el bien de aquellos para quienes este libro caerá como una iluminación súbita, como una germinadora semilla. No mentemos, decimos la verdad, á todo mexicano amamos, amamos aun á aquellos que nos desprecien y nos burlesquen, y que sin comprender el secreto de abnegación y amor que estas páginas encierran, busquen una explicación, poco favorable, al enardecimiento de nuestros patrióticos arranques.

¡Y bien! mexicano lector, que vas leyendo estas líneas, escritas para tí, para tí, quien quier que fueres, para tí á quien sin conocer amamos y por quien—puesto que las hemos sufrido por la Patria—hemos pasado noches de dolor y de desvelo, ¿no nos escucharás? A un corazón tan desinteresado como lo es el nuestro, darás con las puertas de tu corazón en la cara? ¿No conoces entre los cien autores que hayas revuelto entre las manos, no conoces, resueltamente te lo decimos, que tal vez somos nosotros los primeros que te hablan tan al oído y que te manifiestan un amor *tan personal!*

Largos padecimientos y muy íntimos y de carácter público han preparado nuestro corazón para producir este libro, como hierve la reja de labranza la seca tierra donde, con esperanza de fruto, se arrojará más tarde la semilla. Para sentir como ahora sentimos, nos ha sido necesaria una ilustrativa escuela de dolor; y de este dolor, que hace aborrecer á la humanidad cuando no se tiene fé, ha brotado en nuestra alma un manantial de amor vivo, de consideración y de interés hácia todos nuestros semejantes, segun el orden de la caridad. ¡Bendita la pena que abrió en nosotros del amor la fuente!

Sentimos la eficacia que para muchas almas tendrá este libro la que consistirá, sobre todo y principalmente, en que no es una llamarada de afectos que no aprueben ni la razón ni la fé. Todo lo contrario. El patriotismo que predicamos es lo que llamaba

el gran Veillot *el patriotismo de la Cruz*; el pensamiento que desenvolvemos es uno de aquellos que en su lenguaje profundo, como divino, llama la Escritura *pensamientos del corazón*. ¡Del corazón es nuestro pensamiento; sí, de lo más íntimo de él, del tabernáculo del alma, donde está Dios!

Doloroso es decirlo; pero católicos hay, y tal vez hasta los de cierto carácter, que desprenden la idea del amor á la Patria del tronco común de las virtudes cristianas. Les parece, cuando más, que el amor á la Patria, que el noble civismo es en verdad una virtud; pero virtud á que no están llamados todos, y virtud cuyo ejercicio ha de atenuarse y languidecer en la razón misma en que más desesperanzado y más pusilánime se encuentra el espíritu de todos los demás. «¿Qué vamos á hacer?» exclaman, *codiciosos* de aquel *egoísta reposo*, que tan virilmente condenaba el Máximo Pio; de ilustre memoria. «¿Qué vamos á hacer?» repetimos nosotros. «¿Qué vamos á hacer?» Nuestro deber, y baldón al que no combata; y «¡atrás esta vergonzosa resignación, más digna de un sectario de Mahoma que de un discípulo del Hombre-Dios!» (1)

Del más nacional de nuestros pulpitos, del alto cúlmen sagrado de la Colegiata de *Ntra. Sra. de Guadalupe* ha descendido esta conminación, en presencia de nuestro Prelado; «¡Maldito el mexicano que no sea religiosamente patriota!» Arranque sublime de parte del orador sagrado, compromiso santo y temeroso para todos los mexicanos.

Nosotros que no queremos ser *malditos*, trabajamos lo mejor que sabemos y podemos por desenvolver la idea patriótica descubriendo su enlace con la religion; y este escrito demostrará cómo el patriotismo no es otra cosa que una bella eflorescencia DEL CREDÓ CATÓLICO

(1) Félix, El Socialismo, pág. 61.

II.

La Patria nace de la familia.—“¡La casa en que nacimos!”—El lugar donde fué el postrer suspiro materno.—La vereda de la parroquia.—Amor de una casa y amor de muchas.—La cruz del atrio.—El alma que se queda y el alma que se vá.—¡Tras esos montes!

“¿Cómo nace, natural y católicamente, pregunta Taparelli, la idea y el afecto de la Patria? Nace como la palabra expresión de los conceptos naturales: el primer amor del niño, fué consagrado á sus padres, de los que la madre expresaba ántes que todo la ternura; el padre unía á la ternura, la autoridad. Por el padre se llamó *Patria* la tierra nativa, y el exceso de amor con que el hijo abrazaba las rodillas del padre, refluyó sobre aquella tierra en que moraba el patriarca. Convertidas las familias en tribus, el amor pátrio salió de su tienda para extenderse á la vecindad: convertida la vecindad en *común*, bajo techo estable, el amor pátrio se consolidó dentro de aquellos muros, cuya estabilidad, cultivando los afectos, los hábitos del hombre, y como aprisionándolos, los vinculó en un punto del globo y crigió, los lares paternos, para la familia, y los númenes pátrios para la ciudad.” (1)

Según esta perfecta explicación de los orígenes del amor á la Patria se ve bien de qué manera en este amor se ligan todas las facultades del hombre, pues si el corazón ama al padre y á la madre y á cuantos constituyen el objeto de sus más tiernos afectos, no puede el hombre independerlos,—puesto que tiene imaginación y sentidos, al propio tiempo que corazón,—no puede independerlos del recuerdo blando y amoroso de los lugares que han sido teatro de sus dolores y de sus ternuras. Esta liga de lo moral con lo físico, está en la esencia de la naturaleza humana, corpórea á la vez y espiritual; y por ese motivo el sonido de una campana, la vista de una alquería medio perdida entre los árboles, un tronco que se inclina henoso sobre la morada antigua de

(1) Taparelli. Del gobierno representivo, t. II, pág. 232.

nuestros abuelos, en cuyos techos carcomidos anidan nuevas golondrinas, bastan para abrir nuestra alma á las más íntimas y más afectuosas contemplaciones. La vida del hombre se entreteje de espíritu y materia. Habla, y su palabra produce emoción en quien le escucha, y esta emoción, *moral*, determina un cambio *físico* en el semblante. ¿Es feliz y goza los bienes del amor correspondido? Pues recordará más tarde las impresiones que producian en él en los momentos de su ternura, el cielo con sus celajes, la brisa con sus murmullos, el campo con sus flores, el mar con sus olas, la luna asomando sobre las desiguales puntas de los ci-preses del cementerio.

Esta relación entre cosas materiales y cosas morales, que forman un todo de partes concordantes, está muy bien expresada por nuestro popular poeta Carpio, en aquel soneto lleno de ternura, que dice así:

“Soñé en la calma de la noche oscura
Que navegaba con mi hermano amante
En aquel río inmenso y resonante
Que dá á Cosamaloapam su hermosura.

“Mira el pueblo, me dijo con presura,
En que naciste,” y viéndolo delante,
Sentí descomponerse mi semblante
Y palpité mi pecho de ternura.

Siguió la barca: y una casa vimos,
Mi hermano entonces con acento blando
Me dijo: “esa es la casa en que nacimos”

Al mirar un lugar tan venerando,
De las manos entrambos nos cogimos,
Dí un gran gemido y desperté llorando.”

No se puede expresar con más delicadeza ni más suaves tintas el amor al lugar que nos vió nacer y en el que basta la vista, aun lejana, del caserío que forma *nuestro pueblo*, y la vista, más enternecedora, aún de la *casa paterna*, para despertar en el alma los sentimientos más puros de *veneración* á los autores de nuestros días y á los santos y encantadores recuerdos de la primitiva inocencia

¡Oh! para no amar el lugar en que nacimos, para ver con indiferencia cómo se derrumban y caen las paredes que recogieron el último suspiro maternal, para no dejar correr lágrimas silenciosas

en los erbósons patios que ya no sueñan con la algazara alegre de nuestros pequeños hermanos; para no pisar con un sentimiento de religioso respeto la usada, irregular vereda que seguía nuestra madre cuando nos llevaba á la misa parroquial, donde á la salida nos reuníamos con otros niños, hoy ya hombres, y todos dispersos y con suerte vária, es preciso no tener ni imaginación, ni memoria, ni sensibilidad, ni corazón.

Todo hombre puede decir al contemplar los lugares en que vió la luz, lo mismo que el sentido Trueba:

“Y aquí donde mi pié yerra
Ni un palmo miro de tierra
Que no encierre para mí
El recuerdo alegre, ó triste,
De algo amado, *que aún existe*
O algo amado, *que perdí . . .*”

Pero como la vida y los sentimientos del hombre no se ejercitan y desenvuelven en un campo solitario, sino que la vida social forma una parte principalísima de nuestras ideas, miras y afectos personales, y despues nosotros mismos llevando al fondo común las manifestaciones más íntimas de nuestro individualismo, contribuimos, en ese roce continuo de corazones y de espíritus que componen la sociedad, á la formación complexa del espíritu público; resulta, como consecuencia, que el amor de *la casa* en que nacimos se extiende y ramifica á *otras casas*, casi tan queridas, de nuestro pueblo natal, casas de nuestros parientes, casas de nuestros amigos, abrigadas y protegidas todas por la santa *casa cural*, donde un sacerdote, ingénuo como un niño, y anciano como la sabiduría, reunía á todo el vecindario en una vasta familia, cuyos derechos y leyes espirituales explicaba la cruz bendita que en el atrio espacioso para todos sus amorosos brazos abría.

El hombre, cuyo presente se le escapa á cada momento, vive sólo de aspiraciones y de recuerdos. ¡De recuerdos! ¿Quién no tiene recuerdos que le alegran y memorias que le entristecen? ¿Quién no ha amado y quién no ha visto irse del valle natal á otros valles, que circuyen otros montes, que riegan otros arroyos, que sombrean otras arboledas, á los queridos objetos de sus ternuras? ¿Y quién, por lo mismo, no ha volado también en corazón y en espíritu tras de aquellos á la vez amados y amorosos cora-

zones? ¿Quién, quién es el que no vive bilocado; aquí, donde con unos está parte del alma; allá, donde con otros está su dulce *complemento*?

III

Red de amores.—Comunidad de intereses.—¡Qué alegre repique!—Toque fúnebre.—El árbol de la primera entrevista.—Corazones y corazones.—Clima y costumbres, tradiciones y enlaces.—Ganar lo que se dá.—El amor y la luz.

De aquí resulta, y de ese continuo entretrejerse de afectos, de intereses y de familias, que componen la urdimbre social, que el hombre, por la razón que ama su casa, su parroquia y su pueblo, ama el pueblo vecino, donde hay una cascada que visitó con los suyos, en el cual había una granja donde pasó solaces alegres, en quien existía amor y correspondencia, para la correspondencia y el amor de unos y de otros vecinos. En el día de la fiesta titular de cada pueblo, todos los pueblos comarcanos se alegraban con el revoltoso repique de las campanas, cuyos ecos se propagaban de campo en campo y de cañada en cañada. Como se come de un solo pan, así se partían entre ellos las mismas tristezas y las mismas alegrías. En la torre de allá tocan á muerto ¿Habrá muerto nuestro pariente, habrá dejado de existir nuestro amigo?

En ese viñedo trabajó nuestro primo Aquella casa fué habitada por nuestro tío

En ese árbol del río conocimos á la compañera de nuestros días Y ese mismo árbol, ¡ay! fué plantado por nuestro abuelo

Otras veces el toque de oraciones de alguna campana distante nos recordaba que debíamos orar por los que allá, allá á lo léjos, también por nosotros oraban y bañaban en lágrimas puras nuestra memoria ¡La Patria toda amor, toda unión, toda recuerdos!

De esta manera, es como del amor de una casa, sale el de muchas casas, y del amor de un pueblo el de muchos pueblos, cuyo conjunto constituye el amor del municipio y de la provincia en que todavía se percibe algo de suave y pudiéramos decir, de patriarcal.

La igualdad de clima, la frecuencia del trato, la fácil promiscuidad de familias, la analogía de los trajes, el rezar ante las mismas imágenes y en los mismos santuarios, la liga más apretada de intereses, el dividir las mismas aguas de los mismos ríos, pasearse en los mismos valles, formar su espíritu y sus costumbres con las mismas tradiciones; hé aquí algunos de los muchos elementos morales y físicos que vienen á componer la fisonomía especial de la provincia, cuyo amor, en cierta manera celoso de otras provincias, es un recurso de fuerza y de armonía, cuando explotarse sabe, en el conjunto de amores vastos y de vastos intereses que componen el amor á la Patria. Ese que parece celo, es ley de actividad, resorte de fuerza, motivo de emulación y de progreso.

Este amor pátrio cuyo gérmen está en el amor de la familia, tiene al desenvolverse en anchas y prolíficas ramas, cierta grandeza austera y cierta majestad sublime, cuyo carácter, aunque encerrados en el campo de cortas páginas, trataremos de delinear. Por una contradicción aparente, el amor á la Patria que nace del amor á la familia, reviste un carácter tal de hidalga nobleza y de santidad que lo hace superior al amor de la familia misma. Aquí, la consecuencia parece ser mayor que el principio matriz; pero no es así, y depende de que, en el amor á la Patria, se mezclan ciertos elementos morales, que lo enaltecen y le dan un alcance inmenso, unas majestuosas proporciones. Más adelante explicaremos el punto cumplidamente; pero por ahora, daremos la clave de la solución. En el hombre hay dos tendencias opuestas: una de concentración, otra de expansión. Por una, todo lo quiere *para sí*; por otra, su felicidad es vivir *en los demás*. Estas opuestas tendencias, que parecen inconciliables, se concilian y se ponen por la religión cristiana en ósculo de paz, como adelante lo veremos. El hombre que se absorbe en el *yo*, se empequeñece, y limita el horizonte de sus amores. El hombre que, por el contrario, extiende el radio de sus afectos, al salir de sí, por un prodigio feliz, al mismo paso que *sale se agranda* él mismo; y por eso el que ama á mayor número y por más altos motivos, ese se ama mejor y más ámpliamente á sí mismo. El que se ama sólo, poco se ama; el que se ama en la casa paterna, más se ama; el que se ama en su

pueblo natal, mejor se ama; el que se ama en el amor de una provincia, más anchamente se ama; y por fin el que se ama en su Patria, con su Patria, y para su Patria, ese se ama con más alto y más puro y más generoso amor. El corazón es como la luz: puesta en un espacio solitario y vacío es un *punto claro* en una esfera fúnebre; rodeada de objetos y de colores y de espejos, nada pierde en sí misma, y al hermosarlo todo, ella misma se multiplica y hermosa.

IV.

El amor á la Patria es el más moral de los sentimientos.—En la montaña y en la llanura.—Las canciones de los abuelos.—El esquimal en medio del mar.—El trono de las tempestades.—No hay virtud ni talento sin patriotismo.—El patriotismo engendró á Homero y á Virgilio.

Nunca insistiremos bastante en la dulzura del amor á la Patria y por eso vamos á copiar algunos trozos de uno de los más hermosos libros que se han escrito.

«El amor á la Patria es el más bello instinto afecto al hombre y el más moral de todos los instintos.

«Es digno de notarse que cuanto más ingrato es el suelo de un país, cuanto más riguroso es su clima, ó lo que vale lo mismo, cuantas más injusticias y persecuciones se sufren en un país, tanto más atractivo tiene para nosotros. ¡Cosa extraña y sublime, por cierto, que se adhiera uno por la desgracia y que los que no han perdido más que una pobre cabaña sean precisamente los que más sientan la ausencia de la casa paterna!

«Todo confirma esta observación. Un salvaje tiene más cariño á su barraca que un príncipe á su palacio, y un montañés halla más atractivo en su montaña que el habitante de una llanura en sus surcos. Preguntad á un pastor escocés si quiere cambiar su suerte por la del primer potentado de la tierra. Distante de su querida tribu, lleva á todas partes la memoria de ella; en todas

pregunta por sus rebaños, sus torrentes y sus nubes. No aspira más que á cantar las canciones que cantaban sus abuelos. Muere si no vuelve á su lugar nativo. Es una planta de las montañas cuya raíz es preciso que vegete en la peña; no puede prosperar si no la combaten los vientos y las lluvias; la tierra, los abrigos y el sol de la llanura la hacen perecer.

“¡Con qué alegría volverá á su techo de ramas! ¡Cómo visitará todas las santas reliquias de su indigencia!

“¿Y quién será más feliz que el esquimal en su espantosa Patria? ¿Qué cotejo tendrán para él las flores de nuestros climas con las nieves de la tierra del Labrador, ni todos nuestros palacios en comparación de su ahumado agujero? Se embarca en la primavera con su esposa, sobre un hielo flotante: arrastrado de las corrientes, llega en alta mar á aquel trono del Dios de las tempestades. La montaña balancea sobre las ondas sus cumbres luminosas y sus árboles de nieve. Los lobos marinos se entretienen en sus valles, y las ballenas acompañan sus pasos sobre el negro Océano. El atrevido salvaje, sobre su escollo movable, en medio de la espuma de las olas y del torbellino de los vientos y nieves, estrecha sobre su corazón á la mujer que Dios le ha dado, y encuentra con ella una alegría desconocida en esta mezcla de deleites y de peligros.

“En los pueblos civilizados hizo prodigios el amor á la Patria. Siempre en los designios de Dios hay una serie: fundó sobre la naturaleza el afecto al lugar nativo; el animal participa en cierto grado de ese instinto con el hombre; pero éste le extiende más lejos y trasforma en virtud lo que no es más que un sentimiento de conveniencia universal. De este modo, las leyes físicas y morales del universo, se conservan por un encadenamiento admirable. *Dudamos que pueda ser posible tener una sola virtud verdadera y un solo verdadero talento sin amor á la Patria;* en las guerras hace prodigios esta pasión y en las letras, es la que formó á Homero y á Virgilio. El poeta ciego, pinta con preferencia las costumbres de la Jonia, donde nació, y el cisne de Mántua no vive sin acordarse de su lugar nativo. Nacido en una cabaña y arrojado de la herencia de sus abuelos, parecen estas circunstancias haber influido singularmente sobre su ingenio: ellas le dieron aquel carácter melancólico que forma una de sus principales gracias; recuerda continuamente aquellos acontecimientos, y *se acuerda siempre de aquel Argos donde pasó su juventud.*

Et dulces moriens reminiscitur Argos.

“Pero la religión cristiana vino á dar al amor á la Patria su verdadera medida y su verdadera hermosura. El cristianismo hizo de él un amor principal y un amor exclusivo: ante todo quiere que seamos justos; quiere que amemos á la familia de Adán, por ser la nuestra, aunque nuestros conciudadanos tengan el primer derecho á nuestro afecto. El Evangelio no es la muerte del corazón, sino su regla; corresponde á todos nuestros sentimientos del mismo modo que el gusto á las bellas artes; quita de ellos lo que puedan tener de exagerado, de falso, de común y de trivial, y les deja lo que tienen de verdadero, de bello y de sabio.” (1)

V.

En país extraño.—Otras fisonomías, otras campanas, otras costumbres.—La torre de las golondrinas.—Las plantas mismas y las aves tienen Patria.—Observaciones científicas.—Canto del desterrado.—Al volver.”

¡Oh! en la Patria todo nos habla, todo tiene un recuerdo, todo está empapado de un santo aroma.

Sólo cuando se visita un país extranjero se siente cuánto es y cuánto vale la Patria. En la Patria conocemos las ciudades y las cosas todas, con tales detalles que no lo reflexionamos hasta que en país extraño nos sorprende el gesto de cada fisonomía, el tañido de cada campana, el aspecto de cada calle, la rareza de cada costumbre. Con razón es tan triste el destierro. Con razón es tan santa y tan noble la nostalgia. Con razón hasta las golondrinas se alegran cuando vuelven á ver sobre la corniza de la vetusta torre, sus antiguos nidos.....!

Ved cómo un autor pinta el carácter de una alma noble, cuyo requisito es *amar el cielo y las campiñas natales.* Oídlo:

“Guarda vivos en su memoria los menores detalles de su infancia: ama el cielo y las campiñas natales y el árbol añoso á cuya sombra jugueteaba en los días de su niñez, y el conocido acento de las campanas que llamaban á los fieles al templo. No hay

(1) Genio del Cristianismo, pág. 59.

vista ni rumor en la naturaleza que no hallen eco en su sér, privilegiado para sentir y amar. Se alegra con la primavera, goza con el estío, las tempestades del otoño la conmueven y las nieblas del invierno la convidan á la meditación. Un cielo despejado y sereno, el lucero de la tarde, el rumor de las aguas que corren, el eco de música lejana, el sonido del órgano en la iglesia, todo habla á su imaginación y á su corazón y, despertando sus instintos hacia lo bueno y lo bello, pone en su alma la conciencia de su inmortalidad y la eleva á su Dios.»

¿Qué cosa es todo lo anterior, sino la vida del alma en las impresiones, en los lugares natales, en la Patria?

Hasta las plantas y las aves están distribuidas por la mano Providente, en climas, en familias, en tribus, digámoslo, y en *patrias* diversas. Una flor que se abrirá galana al primer sonris de la aurora en los climas templados, doblará mustia sus hojas bajo los ardores de la zona tórrida. Aquella palma, pomposa y gallarda con sus cien áureos abanicos, sobre campos caldeados de fuego, no podrá arraigarse en los lugares fríos, donde otras plantas encontrarán, empero, vida y hermosura y sustento. Los *matrimonios* de esas plantas jamás se hacen con extranjeros..... Ellas guardan sus perfumes, sus gracias y sus encantos para la fecundación que Dios ha determinado..... Como hay una geografía de los hombres, hay una geografía de las plantas. Las plantas forman naciones, grandes y pacíficas naciones que no se invaden ni se hacen guerra, sino que mutuamente se hermocean. «La observación demuestra que no todas las plantas parten de un centro único desde donde se extenderían en torno, sino que existe una multitud de centros originarios de vegetación, cada uno con la suya propia.» (1) ¡Por todas partes *la independencia!*

Estas reflexiones no son caprichos de una imaginación poética, sino armonías que existen en todos los órdenes creados, cuyas armonías, bajo muchas relaciones, descubre en las plantas y animales un naturalista filósofo. (2)

Véase lo que otro escritor hace conocer respecto de los animales: «Ciertas aves que se fijan en lo alto de las antiguas torres y en los campanarios, tienen los huevos verdes como la yedra, ó rojos como las paredes viejas que habitan. Es, pues, una ley que puede pasar por constante, que el ave manifiesta sobre su huevo

(1) Jussieu. Curso de historia natural. Botánica, pág. 524.

(2) Bernardino de Saint Pierre. Estudios de la Naturaleza, t. IV.

la librea de sus amores y el símbolo *de sus costumbres y destinos*. Con solo mirar este monumento frágil, se puede decir *á qué pueblo* ha pertenecido, cuáles eran sus usos, costumbres y gustos; si pasaba los días peligrosos sobre los mares, ó si, más dichosa, disfrutaba una vida pastoril; si era doméstica ó salvaje; si habitaba en las montañas ó en los valles. El anticuario de los bosques sigue una ciencia ménos equívoca que la del anticuario de las ciudades; una encina deshojada y con todos sus musgos, manifiesta mejor quién la hizo crecer que una columna arruinada el arquitecto que la construyó.»

¿No veis cómo toda la naturaleza, cielo y tierra, aire y fuego, valles y montañas, lagos y mares, gritan esta palabra mágica: *Patria?* Las flores tienen Patria, las aves tienen Patria, los astros, arreglados por sistemas y centros *independientes* de gravitación, tienen también Patria... y nosotros los mexicanos, los hijos de la VÍRGEN DE GUADALUPE habríamos de ser los únicos que no tuviésemos Patria.....?

Peor sería nuestra suerte entónces, que la del desterrado; y sin embargo, ¿d qué triste es el canto del desterrado.

«Echóse á caminar sobre la tierra. ¡Dios guie al pobre desterrado.

«Pasé por diversas naciones: sus habitantes me vieron, yo los ví, y no nos reconocimos. El desterrado en todas partes se halla solo.

«Cuando, al declinar el día, se elevaba del fondo del valle el humo de la cabaña, me dije: ¡Feliz quien torna á hallar por la noche el hogar doméstico y se sienta en medio de los suyos! El desterrado está solo en todas partes.

«¿Dónde van esas nubes impelidas por la tempestad? También á mí me arroja de los míos la tormenta. ¿Qué importa á dónde? El desterrado está solo en todas partes.

«Estos árboles son hermosos; bellas son estas flores; pero no son ni las flores ni los árboles de mi Patria; nada dicen á mi corazón. El desterrado está solo en todas partes.

«Dulces son estos cánticos; pero las tristezas y las alegrías que despiertan, no son mis tristezas ni mis alegrías. El desterrado está solo en todas partes.

«Se me ha preguntado ¿por qué lloras? y cuando he contestado, nadie lloró, porque no me comprendieron. El desterrado está solo en todas partes.» (1)

(1) La.nenais.

¿Veis qué hilo de lágrimas en este canto? Pues el que no tiene Patria las llorará más amargas, porque no abrigará la esperanza de volver á la libre posesion de sus hogares y de alegrarse con las alegrías procomunales. El, encanecido de dolor, no podrá decir como el poeta "al volver," en tono de quejoso consuelo:

"De nieve están cubiertos mis cabellos:
¡Qué pronto envejecí!
Un año ausente de tus ojos bellos
Es un siglo de penas para mí.
"Vuelvo otra vez á la escondida aldea;
Siempre igual la encontré,
La campana en la torre que blanquea
Y tu casita al pié.
"El mismo sol dorando las ventanas
De tu tranquilo hogar,
Las mismas candorosas aldeanas
Rezando en el altar."

El oirá la campana que repicó en su bautizo, llamarle á la negra fábrica donde gime su esclavitud.

VI.

Leyes de la independencia y de la caridad, reflejadas en el orden científico.—La caridad no niega la independencia, antes la supone.—El átomo y los mundos.—El hombre y el ángel.—La ley de la caridad é independencia, se perfecciona con la perfección de los seres.—Aunque, en la manera única, existe y brilla en Dios mismo.

Hemos bosquejado,—pues nos vemos precisados á contentarnos con rápidos trazos,—hemos bosquejado las relaciones de la casa paterna con las vecinas, de un pueblo con sus comarcas, de estos con su provincia, de las provincias respectivas entre sí; y hemos, hablando de éstas, deslizado la observación filosófica y

política de que esa especie de rivalidad que entre ellas se nota, nace de la naturaleza, y, bien manejada, es un elemento social benéfico. (1)

El doble estudio de la ciencia de la materia y de la ciencia del espíritu, nos ofrece admirables concordancias. El primero nos enseña, segun observa un sábio contemporáneo, (2) que los seres corpóreos, aunque encadenados, se distinguen perpétuamente unos de otros. Y subiendo, subiendo en la escala, se llega al hombre, eslabón comun de los dos mundos, espiritual y corpóreo.

Mas la relacion de encadenamiento no es, como cree el vulgo científico, por matices insensibles, sino por diferencias bien delineadas. Los seres son armónicos; pero ante todo, *independientes*. "Las especies, dice un sabio naturalista, están constituidas respectivamente por caractéres esenciales que las diferencian entre sí, de suerte que no pueden trasformarse unas en otras." "La transformación de las especies es un absurdo, dice otro." (3) La *independencia* de las especies ha sido defendida en un volúmen por Agassiz. (4) La confusión de ellas causaba risa á Cuvier. (5) Wisseman proclama esa misma *independencia*. (6)

Pues esta misma ley existe en el orden espiritual. Sabido es por los que tienen conocimiento de la teología mística, que Dios ha creado á los hombres, á cada uno con una vocación especial, (7) de tal modo, que no hay otro que enteramente se le asemeje, ni lo pueda sustituir en el vasto plan del Universo. Esto, que dicho sea de paso, da una alta idea de lo que llamaba la Gervaisais *el dogma del valor del hombre*, (8) viene á explicar cumplidamente muchos hechos del mundo moral, y corresponde, espiritualmente, á la ley que nos hacia conocer el sabio antes citado. De hombre á hombre, de cosa á cosa, hay algo de *unitivo* y de *separativo*, al mismo tiempo. Sin las diferencias, desaparecería la individualidad: sin las semejanzas, desaparecería la especie, el género, el en-

(1) Lo sostiene Sardá y Salvany en un pasaje de su libro "El espíritu parroquial."

(2) Mir. "Armonía de la ciencia y la fé," primeras páginas.

(3) Secchi. "Unidad de las fuerzas físicas," pág. 426.

(4) "De la especie y de la clasificación en zoología."

(5) "Cuvier, etc.," por Flourens, núm. 291.

(6) "Relación entre la ciencia y la religión revelada," pág. 114.

(7) Faber. "Conferencias Espirituales," última conferencia.

(8) "De los derechos del hombre en el verdadero sentido."

lace, el orden, y la armonía. El universo no sería entonces *uni-verso*, uno y vario al mismo tiempo.

Es decir, según lo anterior, que, puesta por la mano de Dios mismo, observamos la doble ley de la unión, en lo físico, de la caridad en lo moral; y la de la separación y de la *independencia*, en ambos órdenes también. Y estas dos leyes, al parecer opuestas, perfectamente se armonizan, y en una está la fuerza y la ocasión de manifestarse la otra. Se *une* lo que está *separado*, se *atrae* lo que está *distante*: luego la ley de la caridad y unión existe por razón de la ley misma de la separación é independencia, que aquella supone.

Hay en los átomos la impenetrabilidad y la cohesión, (1) imágenes ambas de la independencia y de la caridad. Los astros obedecen en sus esferas á las fuerzas centrípeta y centrífuga. (2) Otra vez la imagen de la caridad y de la independencia, produciendo la vida y la armonía. Existen los individuos en las especies y en los géneros; pero no existe el transformismo. (3) Nuevos ejemplos de las dos grandes leyes que descubrimos. ¿A dónde iremos del Universo, desde el infusorio hasta la nebulosa, que no encontremos el reflejo de tales eternas leyes?

Más lo que acerca de unión se observa en la materia, es mucho ménos unión, permítasenos la palabra, que la unión de amor entre los espíritus. Los átomos de dos líquidos que se revuelven y juntan permanecen cercanos; pero en realidad no unidos: los espíritus que se aman, mientras mayor semejanza y abnegación tienen, más van estando unidos entre sí; pero conservando siempre la ley de su independencia.

Nótese lo que significa la gran palabra de amor: *ab-negación*. Es *negarse* en sí para *afirmar* á otro en sí mismo. La bondad es: "amarse en los otros," dice Faber. (4)

Pero esta ley de unión tiene un límite siempre, límite lejano en los átomos, que jamás se unen propiamente, y más y más cercano á medida que nos elevamos en la escala de los seres. Las almas humanas están más unidas que los átomos; y los espíritus angélicos, se hallan más unidos que los hombres; aunque de ángel

(1) Tyndal. "Materia y fuerza."

(2) Delaunay. "Tratado de Astronomía."

(3) Llanas. Conferencias científico-religiosas, pág. 65.

(4) Conferencias.

á ángel haya siempre una cierta diferencia específica: (1) doble ley siempre de *caridad é independencia*.

Esta ley de unión y separación, que comienza en el átomo, se eleva y perfecciona gradualmente como vemos, hasta que en Dios, tiene una existencia y una lazada, única y maravillosa. En Dios hay tres Personas: allí está la *independencia*; en Dios esas tres Personas; forman una sola sustancia, allí se encuentra la *unión* más absoluta, amorosa y feliz. Esta ley de la unidad en la distinción, explícala con admirable doctrina uno de nuestros más preclaros obispos. (2)

VII.

Fronteras entre los individuos.—Entre las familias.—Entre las provincias.—Entre las naciones, razas, y áun siglos.—La defensa de la Patria es de derecho natural y divino.—Dios la manda en las Escrituras.—Defender la Patria es defender la justicia, la civilización, la religión.—Stmil matemático muy comprensible.

Hemos indicado arriba que entre las provincias diferentes que componen una nación se observa cierta especie de rivalidad, la que llamamos entonces provechosa, pues no es ella más que una manifestación de esa ley general de *independencia* que, como germen de actividad, está difundida en todas las cosas. De individuo á individuo existen *fronteras*, y existen también entre familia y familia, entre ciudad y ciudad, entre provincia y provincia y entre nación y nación, y—si más queremos subir—entre raza y raza, entre siglo y siglo. Y es: que esta ley de individualismo no es otra que la ley de la vida que defiende su carácter y su vocación especial.

Por eso, pues, y como ya lo tenemos observado, aunque existe entre los hombres la ley de caridad, ésta es concomitante con

(1) Sto. Tomás. Suma teológica.

(2) E Ilmo. Sr. D. Juan Cayetano Portugal, "Explicación del Símbolo."

la ley de independencia. Por eso, pues, no se viola, sino ántes se respeta la ley de la caridad y de la virtud, que es el *orden en el amor*, (1) cuando una nación como México defiende de otra su vocación providencial, (2) su individualismo histórico, sus fronteras, que son *la propiedad* en la más alta escala, propiedad en que se vinculan y manifiestan "la soberanía del derecho, la santidad de la herencia, el fruto del sacrificio, el honor de la civilización, el triple broquel de la naturaleza, de la justicia y de la religión, y *la última independencia del hombre*. (3)

La defensa, pues, de las fronteras, es de derecho natural y divino. El hombre no puede vivir sin la propiedad de su campo, de su casa, de su trabajo. Hé aquí el derecho natural para defenderse de la intrusión de alguno en lo que es la *herencia* de esa gran familia que se llama: "nación." Dios asignó sus términos á las naciones, (4) y éstas son "la herencia de Jesucristo." (5) Hé aquí el derecho divino. La defensa de la Patria es una virtud que Dios manda cien veces en los libros santos, pues los obstáculos, áun geográficos, que él ha establecido entre los pueblos, y la gran frontera del idioma, bien manifiestan su voluntad de que esos mismos pueblos se armonicen; pero no se destruyan. (6)

Todavía más. El intermedio, digamos así, que hay entre dos individuos, entre dos familias, dos poblaciones, dos provincias, dos naciones, va haciéndose, al subir en la escala, cada vez más separatriz. Y esto, envolviendo siempre la ley única de caridad que es *el orden en el amor*.

Curioso sería entrar en el análisis filosófico de este hecho; pero lo sintetizaremos todo con un símil demostrativo. La progresión

$$\therefore 2 : 10 : 50 : 250 : 1,250 : 6,250 \dots$$

guarda toda una ley *única*, y es: que cada número resulta de multiplicar por 5 el que le precede; y sin embargo, sin contrariar es-

(1) San Agustín.

(2) La tienen todas las naciones, según Lacordaire y otros pensadores. "Conferencias de Nuestra Señora," tom. I, sermón sobre la vocación de Francia. Ventura, "El Poder político," pág. 453.

(3) Félix. "El Socialismo."

(4) "Deuter," cap. XXXII, v. 8.

(5) Salmo 2, v. 7, 8. "Epístola á los Hebréos," cap. I, v. 2.

(6) Con gran calor hablan del amor á la Patria, San Ambrosio: "de officiis minorum," lib. 3; San Agustín: "de libero arbitrio," lib. 2; Casiodoro: "Epíst." 21, tom. I, pág. 12.

ta ley, que siempre es *la misma*, el 10 es *más cercano* al 2, que el 50 al 10, que el 250 al 50, etc., etc. Este símil sensibiliza muy bien cómo siendo universal y *la misma* la ley de la caridad, no obstante hay mayor separación, por esa propia ley, entre las naciones que entre las provincias, municipios, familias, é individuos, respectivamente.

VIII.

Ataques á nuestra independencia por los americanos.—Fueron desde sus orígenes.—Lucha á muerte.—Nos tuvieron temor y envidia.—Sus crímenes en México, juzgados por un compatriota suyo.—Citas históricas.

Puesto que el amor á la Patria es tan natural como lo es el amor al padre, al hogar, á la propiedad, á las impresiones, á los recuerdos de que aquel se compone; y tan justo, como que es una ley divina, en buen punto estamos para tomar una actitud valerosamente defensiva contra esa nación que inmiscuida desde nuestra independencia entre nosotros y en cancerosísimo daño nuestro, ha sido la causa primaria y eficiente de tantas hambres, de tantas guerras, de tantas viudas, de tantos huérfanos, de tantos incendios, de tantos pecados, de tantos apóstatas, de tantos tiranos, de tantos sacrílegos.

El ataque á nuestra independencia, á mano armada y frente á frente, ya sería proditorio crimen que ahogarse debiera en mar de sangre; pero el ataque solapado y subterráneo y por tan incuos medios como los empleados por Norte-América, merece una respuesta incontrastable, á muerte, y valerosísima. Unas son las horas de la piedad, otras son las horas de la justicia. Unas son las horas en que los ángeles anuncian "paz á los hombres de buena voluntad," otras son las horas en que los mismos ángeles *mantan* á los primogénitos de Egipto. Una misma y sola es la columna que da luz de un lado al pueblo santo; tiniebla y susto á sus enemigos, del otro.

Los Estados Unidos en nuestro paraíso han hecho el papel de la serpiente envidiosa y tentadora, y ante la historia y ante el juicio de Dios son responsables de nuestras desgracias. Sus planes maquiavélicos no son de ahora conocidos; ya larguísimo años ha han sido denunciados por nacionales y por extranjeros.

«Nuestra situación es altamente comprometida, se escribía hace más de treinta años en México; centinelas avanzados de toda la América Española, ó sea de la raza latina en América; nos hallamos frente á frente de un enemigo formidable, de un enemigo cuya raza, cuya religión y cuyas costumbres son distintas de las nuestras.» (1)

«No hay sinceridad en los que defienden la introducción de la tolerancia de cultos, que es una vanguardia de Norte América.» (2)

«Un poderoso elemento de trastornos y agitaciones políticas, para consumir la nobleza y el patriotismo de los mexicanos, han tenido estos en los Estados Unidos, que han divisado en México UN RIVAL PODEROSO.» (3)

«Los Estados Unidos no habian trabajado en vano cuando establecían sus lógiás en México y cuando fomentaban en él la revolución y la anarquía. Tejas era el primer fruto de su trabajo.» (4)

«Premeditación, cálculo y astucia envuelven los crímenes de los Estados Unidos contra México desde su independencia.» (5)

«Desde los principios de su independencia, los Estados Unidos adoptaron el proyecto de extender sus dominios y desde entonces no se ha desviado su política una sola línea de estas ideas.» (6)

El ministro español de Carlos III, conde de Aranda, conoció el carácter ambicioso de los norte americanos y predijo que «su primer paso sería apoderarse de las Floridas, para ir al cabo de dominar todo el golfo de México.»

Para ultimar estos juicios, citaremos las palabras mismas de un americano, Mr. Henry Clay: «Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime: la toma de Tejas por nuestros compa-

(1) «El Catolicismo en América.»

(2) «La Cruz.»

(3) Eyzaguirre. «Los Intereses Católicos en América.»

(4) Idem, idem.

(5) Ilmo. Sr. D. Fray J. Martínez, Obispo de la Habana, en su obra «La Política Católica.»

(6) «Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,» por una sociedad de literatos en que figuraba D. Ignacio Ramírez.

triotas tiene derecho á este honor. Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de RAPIÑA cometida en más vasta escala.» (1)

El carácter con que los Estados Unidos han procedido favoreciendo la impiedad en México, primero, para apoyarse en ella, despues, y hasta dando sacrílegamente aire de protección á las sorpresas de su violencia y de su fuerza, se ve perfectamente delineado en la siguiente proclama expedida por el jefe americano que ocupó alevosamente en 1842 la ciudad de Monterey. Decla así: «Estos colores y estrellas del pabellón de los Estados Unidos, emblema infalible de libertad civil, de libertad religiosa con derecho constitucional (¡joido!) y seguridad legal para adorar á la gran Divinidad del modo más análogo al sentimiento de cada uno, flotan ante vosotros, y desde hoy, y para siempre, os declaran protección á vosotros y á vuestros hijos.» (2)

¡Qué desvergüenza! ¡Qué sarcasmo! Pero nótese y no se pase por alto, de qué manera, los Estados Unidos, despues de sembrar la discordia religiosa, proporcionándose aliados, con blando arrullo atraen á los que suspiran por libertad religiosa y constitucional.!

Hé aquí en cróquis ligerísimo los antecedentes histórico-político-religiosos de la lucha de dos pueblos. Religión y Patria atacaron los Estados Unidos; Religión y Patria defendemos nosotros. Nos han fulminado como católicos y como mexicanos; como mexicanos y como católicos nos defendemos.

Ellos mismos han definido el carácter y elegido el palenque de la contienda. ¡Y hé aquí que con un corazón que no tiembla nos presentamos á defender: DIOS Y PATRIA!

(1) Arrangoiz. «México desde 1808 á 1867.» t. II, cap. XII.

(2) Arrangoiz. Obra citada, t. II, cap. XI.